



## EL PRIMER ALMIRANTE

(SU TRADICIÓN)

*A mi Alejandro, en su infancia.*

### I

Puesto que á las tormentas inevitables de la vida pretendes desde tan temprana edad agregar las tempestades del mar, el día que subes á la nave de guerra cuyo puente llegar puede á ser cuna de gloria, oye algunas aventuras del que dió nombre á este buque-escuela, antes de conmemorar en el que hoy lleva la primer batalla dada más allá de las fronteras de la patria.

Grande cuanto es la América, cuanto lo es el mar que la circunda, fué el vasto campo donde flameó bien alto la bandera azul y blanca, enarbolada con gloria desde su primer día, al pie de cuyo mástil, antes de los quince años, haces hoy la primera guardia.

Porque bueno es sepas que el pabellón argentino tuvo por patria todo el mar, y desde su nacimiento, hacia los cuatro vientos del Océano su sombra protegió al oprimido, y del Plata á las Antillas, de las costas de Europa hasta el Mar Indico, hizo conocer con honor bajo todas latitudes los colores y las armas de «esta nueva y gloriosa nación.»

Oíd algunos rasgos del capitán que puedes tomar de ejemplo, noble tipo de valor é hidalgüía, de abnegación y constancia, quien desde grumete llegó al más alto grado.

Menos años que tú contaba Williams cuando le entusiasmaban los cuentos de la abuela en largas veladas de un crudo invierno alrededor del

hogar, allá en la verde Erin, con las proezas del célebre niño que, á tu edad, preguntaba con toda ingenuidad: «¿Qué cosa es miedo?» El eco de los triunfos del marino mimado de la victoria le exaltó, y el ver bajar un día casi en pedazos, como su buque, pero cargado de laureles, á Horacio Nelson en brazos del pueblo inglés que le aclamaba, acabó por decidir su inclinación á la mar.

Al día siguiente de enseñarme el inolvidable Dr. Rawson la ribera del Hudson, donde se recibió entre mofas y silbidos á Fulton al embarcarse en el primer buque impulsado por el vapor, que pronto impulsó el progreso del mundo, aguardábamos el vaporcito que remontando el *Delaware* nos conduciría á la mansión del padre de la patria (en Mont-Vert). El sabio médico, con su pausada voz de plata, iba recordando lo siguiente:

«Por esta misma playa vagaba, poco menos de un siglo há, un pobre niño llevando por todo equipaje al hombro, atado á la punta del bastón, un par de pantalones remendados, cuando la casualidad le hizo tropezar con el patrón del inmediato buque anclado. Atrayéndole la vivacidad y aire resuelto del niño que acababa de perder su padre á poco de arribar á América en busca de fortuna, le preguntó que si era trabajo lo que buscaba, lo había á bordo, recibéndole inmediatamente de mozo de cámara. Cuando se tiene un corazón honrado y ánimo dispuesto se va muy lejos, y ese niño, vagando en su orfandad por esta ribera, trepando á las jarcias desde ese momento, subió, y subió de la cofa á la verga, de la crucea al tope del alto mástil, llegando en nuestra tierra al más alto grado.»

Bien pronto se transbordó á una nave de guerra, en la hora de las verdes esperanzas de la vida, presintiendo que él también podría llegar un día á ser bajado en brazos del pueblo, aclamado vencedor. Nacido en aquella isla en que todos nacen gente de mar, pronto pasó su primer cuarto de hora, como en todas las carreras, el más difícil, entre las asperezas de la maniobra y los tumbos de las olas. No habiendo dejado enemigos que combatir sobre las costas de Europa, Nelson, el Napoleón del Océano, retardada allí su hora, impaciente, viró de bordo con rumbo al Nuevo Mundo, escudriñando otro teatro para sus hazañas.

Así arribaba el año XI en el *Gran Napoleón*, buque mercante, á la ensenada de Barragán. Llegó á tiempo, y esta fué su primer fortuna; que no hay como llegar á tiempo para seguir tan veleidosa beldad; ciega y saltando en un pie, huye fugaz, sin dejarse alcanzar las más veces.

Los momentos eran propicios: necesitábanse buques y quienes los mandaran. Ocupado el industrioso capitán en su pacífico tráfico de cueros y frutos del país de una á otra ribera de este río, al bajar un día en

Montevideo, le sorprendió que la autoridad del puerto hubiera convertido en empedradores de calles á sus leales marineros. Arrebatándolos, transformó su pequeño buque en nave de guerra y la tripulación en soldados expertos.

Rápidamente armó dos ó tres barcos más, echando así los cimientos de la primera escuadra nacional que en Montevideo y Martín García afianzó el nuevo pabellón con doble victoria.

## II

Un día arribó á un puerto lejano, muy distante de esta su patria adoptiva, pero no tanto que no llegaran más tarde en pos de su nave victoriosa soldados argentinos, bajo el pabellón que él hiciera conocer.

Anunció su presencia sobre el *Guayaquil*, resonando sus cañones como la primera voz de esperanza para aquellos pueblos todavía bajo el yugo colonial. Derribó fuertes, arrastró baterías, destruyó cuanto á su paso se opuso, y á punto estuvo de enarbolar la bandera de la Independencia, muchos años antes que Bolívar, cuando rápida bajante de la estrecha ría dejó encallado su pequeño bergantín *Trinidad* (9 de febrero de 1816), sus diez y seis cañones inutilizados y la mitad de sus hombres muertos ó heridos.

Abordado por veteranos españoles, de pronto la victoria vuela de sus mástiles, convirtiéndose su triunfo en derrota. El jefe enemigo, vencedor en la mayor parte, del puente grita:

—¡Rendíos, bravos marinos!

El capitán Williams se cubre con la bandera que encuentra á mano, precipitándose á la santabárbara, y responde mecha en mano:

—¡Si no desalojáis al momento, volamos todos!

Los abordantes, atemorizados por tal audacia, desembarcan, concediendo á sus prisioneros los honores de la guerra.

Así envuelto en la bandera azul y blanca por único ropaje, cruzó las calles de Guayaquil, haciendo conocer á los ecuatorianos aquellos brillantes colores que aparecían cual iris de esperanza, y que pocos años después flamearían victoriosos al pie del Pichincha. Como Belgrano, aun de su glorioso contraste en Tacuarí supo sacar provecho para dejar allí semilla fecundante de independencia, así el capitán Williams, aun prisionero, reanimando con su ejemplo y su palabra á los hijos del Ecuador, alentó su emancipación.

Las autoridades españolas, temiendo el contagio por el entusiasmo con que fué recibido el glorioso prisionero entre los patriotas, apresuráronse á

devolverlo al día siguiente, cuando se presentó á rescatarle el comandante Buchardo, cuyo buque, por falta de agua, la víspera había retardado la victoria.

En otra oscura noche penetró en el puerto donde la escuadra imperial se hallaba fondeada, creyendo muy distante los buques argentinos. Sus marineros dormían, como en esas prolongadas siestas americanas frente á costas abrasadoras. Pasa Williams con sigilo la vanguardia, penetra sin ser sentido hasta el centro, saluda al enemigo con la doble andanada de sus cañones de babor á estribor, y sigue sereno su ruta, virando luego para observar desde lejos, á las primeras luces de la mañana, los buques portugueses bastante destruidos. En las sombras de oscura noche, creyéndose sorprendidos por el enemigo, habían combatido entre sí largas horas sin poder reconocerse, hasta que las brisas matinales disiparon el humo y el error.

De aquella honrada familia de Martínez que, como la de Balcarce, dió cuatro generales á la patria, D. Juan Apóstol encontrábase en el muelle divisando las evoluciones de la escuadra que bloqueaba el puerto, cuando llegaba Williams á embarcarse ya Comodoro (9 de julio de 1826).

Martínez fué uno de los más valientes oficiales del ejército de los Andes. «Con decir que cabalgó un toro con espuelas, de qué audacia no será capaz,» decía su camarada Juan Lavalle, refiriéndose á la célebre corrida de toros que en despedida del ejército se dió en Mendoza.

Al pasar, como el marino le invitara á acompañarle:

—Vamos á tener fiesta, y de las buenas—agregó Martínez, que jamás diera espalda al peligro.

Aunque nunca se había embarcado, aceptó, y subiendo á bordo de la capitana, pronto empezó el baile.

—Ahí viene un barco por retaguardia—advertía el soldado de tierra al lobo de mar.

—Deje se acerque no más, que por vanguardia llegan dos—le contestaba.

Y dirigiendo impávido el combate, anteojo en mano, no dos, ni cuatro, ni ocho, diez y seis y hasta treinta y dos buques portugueses rodearon los del comodoro Williams, interceptando espesa humareda la vista del pueblo que, coronando las barrancas y azoteas, divisaba el combate allá por los Pozos.

Después de largas horas de lucha, en que dejó á la escuadra bloqueadora de tal modo deshecha que vióse obligada á levantar el bloqueo, en-

traba con su buque desmantelado, el 25 de mayo, entre otros dos para evitar zozobrar antes de anclar dentro del puerto.

El audaz jefe conoció muchos valientes, pero ninguno como aquel intrépido, que cuando todos palidecían en la confusión del peligro, él sonreía apacible é inmutable.

—No subiré más á bordo. Se necesitaba doble ración de valor para aguantar los corcovos del barco sobre el potro de las olas—repetía Martínez al referir aquella danza en el Plata, tan de improviso invitado.

Hay meses en la historia patria que parecen consagrados por la gloria. Sus fulgidos rayos iluminaron los hermosos días de febrero, que no por ser el más corto conmemora menos fastos. Los de San Lorenzo, Salta-Putaendo, Chacabuco, Bacacay, Ituzaingó, Patagones, Colonia, Juncal y otros muchos combates ven reverdecer sus laureles en las conmemoraciones de febrero.

Difícil es compendiar en breves páginas las múltiples hazañas del capitán Williams.

Limitóme á recordar las que en las fechas de tu ingreso en la Escuela Naval, el día 9 de tan glorioso mes, en tres años diversos, obtuvo el capitán, el comodoro y el almirante.

La sangre fría que demostró en el primero, el arrojo sublime del segundo, la astucia del tercero, hacen descollar éstos entre cien otros episodios gloriosos de su vida.

### III

Volviendo de los mares del Sur, donde hiciera numerosas presas al enemigo, se le telegrafió de tierra:

—La escuadra imperial ha entrado en el Uruguay.

Rápidamente contestó:

—El comodoro garante no saldrá.

Hombre de pocas palabras y de grandes acciones, siempre mantuvo la mirada serena más allá del horizonte, fija en su único objetivo, cual si tuviera firmado pacto con la victoria. Púsose en marcha con su ligera escuadrilla, dejó á barlovento aquella preciosa isla, llave de nuestros ríos, que recuerda en su nombre el del primer piloto (Martín García) y que el año 14 fué cuna de su gloria; penetró en el Uruguay, y escalonando sus buques frente á la isla del Juncal, dejó bajo llave, según su expresión, á la escuadra enemiga, que no tenía otra salida.

No tardó ésta en retroceder cuando supo cortada la estrecha desembo-

cadura por la nave de Williams, cuyo nombre significaba la importancia de una escuadra y cadena más fuerte que la de veinte barcos con que el tirano pretendió un día atajar la civilización en las barrancas donde tu tatarabuelo dejó su nombre (combate de Obligado).

Conocedor del río, situó estratégicamente sus buques, atrayendo los del enemigo sobre bancos para ellos desconocidos. Encallaron unos, destrozó y desmanteló otros, y á los pocos días reapareció sobre el Plata con la escuadra y su almirante prisionero. Cumpliéndose entonces el presentimiento de su visión de niño, fué conducido en alas del entusiasmo y en brazos del pueblo por calles embanderadas, en que las damas le arrojaban flores, hasta el célebre Café de Marcos, donde saltando sobre una mesa el célebre poeta Juan Cruz Varela, declamó aquella *oda* sublime, cuyo verso leíste transcrito por mí en la primera página del álbum de nuestro primer acorazado que lleva su nombre:



El almirante Brown

«Alzóse Brown en la barquilla débil,  
pero no débil desde que él se alzara.»

Por poco que recuerdes de nuestra gloriosa historia nacional, habrás adivinado ya el nombre del heroico capitán.

Noble ejemplo á imitar es este primer almirante del Río de la Plata, cuyas hazañas hasta hoy no han sido superadas por otro alguno.

Aunque combatió con jefes de tanto renombre como Romarate, Lobo, Pinto, Greenfield, segundo de lord Cochrane, Norton, Sena Pereyra, nunca fué vencido; y una cohorte de brillantes oficiales tuvo por coadjutores en los primeros triunfos navales de la República Argentina. El coronel Erézcano, Seguí, Somellera, Buchardo, Mazón, Castellí, Silva, Larrosa, Cerretto, Azopardo (el mismo Romarate), primer jefe contra quien combatió y que Brown atrajo posteriormente á su servicio por simpatías personales, Thurne, Jorge, Toll, Cocke, sobre quien se extendió negra sombra cuando se alejó de los severos principios de su jefe, Bynon, Cordero, su propio hermano Miguel Brown, Parck, La Rosa, Norther, Drumont y otros.

De aquella pléyade de bravos sobreviven únicamente Cordero y Sin-